

AUTORES

"Ese joven que fui"

Fernando Alegria evoca un Chile que emigró del territorio

El nombre de Fernando Alegria como que no "suena" mucho en este Chile alicado, que el mira desde la distancia del exilio. Claro: ni juega fútbol (que se sepó) ni canta bobadas. Escribe buena literatura, y enseña, y la estudia.

Muchos recuerdan su casi épico *Caballo de copas*, una novela de corte picaresco, sabrosa hasta la médula, donde al decir de Alfonso Calderón "la vida respira en cada personaje, hace apurar el vaso al más lerdó, aviva el seco, achupa al sobrio...". Era la historia de unos patas de perro que partieron a "hacerse la América" en la América del Norte.

Ahí, en la misma California de su *Caballo*, Alegria trata ahora de "hacerse el Chile", que recuerda con tensión e iniciación en su reciente obra *Una especie de memoria* (Ed. Nueva Imagen, Májico, Caracas, Buenos Aires, 1983). Los editores lo llaman "un envío que Fernando Alegria dirige hacia su infancia y juventud chilenas". Y es eso y es más.

Si el escritor está lejos de territorio, el territorio está lejos del país en el cual se crió el escritor.

Era otro Chile el que lo vio nacer en 1918 al futuro cuentista, novelista, ensayista, profesor de la Universidad de Berkeley. Ya de niño le tocó conocer algunas de las conmociones sociales y políticas que agitaron el ambiente de la época. Estuvo preso junto con Eloy Laferte, el dirigente comunista. Conoció al dirigente obrero Luis Emilio Recabarren, estudió en el efervescente Instituto Pedagógico de los años 30.

Las pololas de Maruri

La generación de Fernando Alegria vivió esa mezcla de esperanza y miedos que fue el año 1938. Guerra intestina en España, rumores de una segunda Guerra Mundial; ascenso a la Presidencia de Pedro Aguirre Cerda, con apoyo marxista. Unos solaban con grandes cambios, otros temían terribles cambios. Volvió a decirse de Aguirre lo que antes se dijo de Arturo Alessandri: era "el Kerensky chileno", iba a "entregar al país al comunismo". No es la historia la que se repite; se repiten los que ignoran la historia.

En esta *Especie de memoria*, la pluma de Fernando Alegria salta entre los recuerdos. El barrio Maruri, sus dos pololas si-

multáneas, un Santiago con algunos restos de intimidad. "La terna del bravo, vamos por los senderos del Parque Forestal. Han sonado las campanas de La Merced. Es la tarde que tan bien conocemos, las bocinas, el humo de las hojas, las piedras cantantes del río".

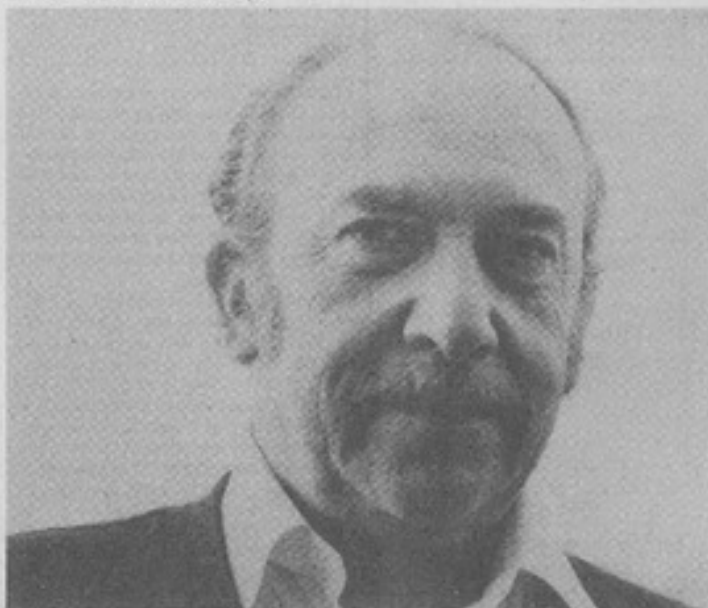
Poco más adelante, "estoy en la casa de palo de Nicanor Parra. Es de noche y no se ven ni las manos. Aquí no hay luz eléctrica, sólo lámparas a petróleo como racimos de uva, una olla grande misteriosa y olorosa, y las arpilleras de la Violeta, el fonógrafo de cuerda y el gato Domínó. Se ha ido la señora. Siempre se ha ido la señora".

En su "período de atribulada juventud", Fernando Alegria gastaba de "re-crear mis experiencias leídas con pasión en novelas del Knut Hamsun, Panait Istrati, Gorki. Pero, sobre todo, me sumergía en las contradicciones angustiosas y complejas de Dostoyevski...". Salía de la realidad de los libros y pasaba a la irrealidad de la vida cotidiana, "hiriendo con estúpida saña a las dos personas que en esos momentos yo adoraba: a mi novia de Maruri 342 y a mi novia de Maruri 401".

Vuelta al milagro diario

Con leve margen de error, Alegria evoca imágenes precisas de aquella ciudad y aquella época. "Ese joven que fui en el invierno de 1938 tenía confianza en el sentido de nuestra historia como pueblo en marcha. ¿Retórica? ¿Cómo va a ser retórica lo que se leía en diarios clandestinos,

**Fernando Alegria:
al Mapocho cantó en un tiempo**



en talleres de zapateros anarcos, en mediatas de ponte siempre fondeada?".

La familia era pobre y los tiempos, duros. "Trabajaron mis hermanos, trabajé yo. Pero el barrio no me soltaba y seguí prendido a sus higueras, a sus almendros, a las novias de Maruri que no dejaban de operar el milagro diario. Las plazas se iluminaban en los atardeceres, sonaban las sirenas de las fábricas a lo largo del Mapocho, las campanas de la Vinita se balanceaban en el aire azuloso y yo, como digo, iba llenando las páginas con una especie de repentino y brusco flujo de imágenes".

Una tía misteriosa, un tío muy alemán; los profesores y compañeros de estudios en el Pedagógico, las huelgas, las elecciones... Por la *Memoria* de Fernando Alegria pasa "una especie de vida" no sólo suya: del país que conoció y describe. Han transcurrido largos años desde entonces. Algunos demasiado largos. El muchachito del barrio Maruri tiene a su haber una biografía de Lautaro, otra de Recabarren, y novelas como *Las noches del cazador*, *Madama los guerreros* y *Coral de guerra*. *Madama* transcurre en el mágico año 38. *Coral*, de 1979, es el Chile de la tortura: es el encuentro, con desencuentro, de un torturador, la mujer que es su víctima, y el marido.

Los tiempos cambian. En Santiago ya casi no se oyen las campanas, y menos el agua del Mapocho entre las piedras. Quedan pocas de esas fábricas, de esos rincones íntimos. Algo se ha exiliado de Chile, y Fernando Alegria lo coge al vuelo de su palabra. G.B.

Ese joven que fui [artículo] G. B.

AUTORÍA

G. B.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ese joven que fui [artículo] G. B. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile